

Pilar Eyre
FRANCO
CONFIDENCIAL

Con nuevo prólogo de la autora



Una historia de ambición de poder,
intrigas de palacio
e intimidades reservadas

Pilar Eyre

Franco confidencial

*Una historia de ambición de poder,
intrigas de palacio e intimidades reservadas*



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Pilar Eyre, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © EFE

Primera edición en Colección Booket: julio de 2013

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.287-2025

ISBN: 978-84-233-6851-8

Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	9
1.	11
2. Paquito (1892-1907)	19
3. Franquito (1907-1917).	67
4. El comandantín (1918-1926)	125
5. El director (1927-1932)	197
6. El general (1932-1936).	255
7. El Generalísimo (1937-1940)	325
8. El Caudillo (1941-1951)	393
9. El dictador (1952-1962).	483
10. El superviviente (1963-1974)	581
11. (1975)	691

—¡Paquito! ¡Rapaz del demonio!

Se abre de golpe la puerta del caserón de la calle de María y una ráfaga violenta de viento húmedo empuja hacia dentro a un hombre alto, de grandes bigotes blancos lacios por la lluvia, que anda desarbolado y tambaleante dando voces:

—Paquito, ¿dónde estás?

Paquito oye a su padre, pero solo se estremecen las puntas de sus orejas, agudas como las de una liebre. Está en su cuarto con los ojos fijos en su cuaderno, con las piernas colgando de la silla y los calcetines sucios caídos sobre los delgadísimos tobillos. Tan concentrado que saca medio centímetro de lengua mientras traza cuidadosamente una línea, el tallo de una flor, un edelweiss, que solo ha visto en los libros. Mueve los labios, pero no reza, ¡canta!, las coplas aldeanas que le ha escuchado a la criada:

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé,
corre que te corre
quen a puidera coller.*

El bramido de su padre llega mezclado con las sirenas de los buques y la furia del vendaval que golpea la costa:

—¡Paquito! ¡Te mato, Paquito!

A Paquito no le tiembla el pulso; ahora dibuja sobre la flor diminutas gotas de rocío sin dejar de cantar la misma estrofa una y otra vez, mientras calcula cuánto tiempo tardará su padre en llegar a su habitación. Y si podrá acabar el edelweiss.

Y dónde recibirá los golpes ahora. Y si alguna vez lo matará. Se le seca la garganta, le arde el estómago y sus mejillas toman la lividez de un cadáver.

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé.*

—¡Paquita!

De los canalillos de las tejas caen al suelo chorros de agua, y pasan sombras negras, inclinadas, por la calle, y todo huele a crimen.

Con el hombre entra el olor a tabaco, a alcohol, a tormenta, a miedo.

Nicolás Franco Salgado-Araujo, que en este año, 1899, ha cumplido cuarenta y cuatro, manotea como si estuviera intentando salir a brazadas de la misma ría de El Ferrol, él, que aun siendo marino nunca ha aprendido a nadar. Y es que trata de sacarse al mismo tiempo de encima el empapado gabán y a su mujer, que intenta abrazarlo para impedirle llegar hasta Paquito. La mujer lo suelta un momento para empujar la puerta y dejar la tormenta afuera, y el hombre aprovecha para darle un empujón. Pilar, embarazada de ocho meses, va a parar contra el perchero del recibidor y se lleva la mano a un costado. Aun así le suplica:

—Nicolás, deja al niño. —Señala a la cocina, de donde llega el olor grasiento del caldo—. Te pongo el tocino con el pan centeno y una taza de ribeiro en el comedor. ¡Soledad, lleva la bandeja para el señorito!

Su marido la empuja a un lado con la mirada fija en el final del pasillo, donde está la habitación de Paquito.

—Déjate de caldo y tráeme la correa, que le voy a dar unos azotes a ese desgraciado, ¡le voy a arrancar la piel a tiras! ¡Hasta los primos de la Puente se ríen de él y dicen que es marica! ¡Paquito!

Pilar, muerta de miedo, invoca el escándalo alargando las vocales en el dulce acento de su tierra:

—Nicolás, Nicolasiño. ¿Qué dirán los criados? ¿Y los vecinos?

Los criados son la criada traída de la aldea, Soledad, que no cobra desde hace dos meses, y los vecinos, la tía Gildita, que, acostumbrada a los gritos de su hermano, continúa bordando espaldares para todas las butacas de la casa a la amarillenta luz de un candil en la galería acristalada, mientras dice para sí misma:

—Menos mal que no me he casado; los hombres son cosa mala, sucios, animales, borrachos. ¡Pobre Pilar! ¡Es una santa! Yo no estoy hecha de su madera y lo mandaba a tomar por *cu*. Ay, si el difuntiño viera todo esto.

Porque la tía Gildita cuando habla a solas suelta palabrotas como cabrón y cosas peores. Y el difuntiño es el padre de Nicolás y ella, de nombre Francisco, que cuidaba enfermos pobres en los hospitales y también era santo.

Nicolás va dando bandazos por el corredor, manchándose de cal las mangas del traje, con la mirada extraviada:

—¡Paquito! ¡Mamalón!

Paquito tiene siete años. Ramón, con cuatro menos que él, lo mira desde debajo de la cama de hierro con el dedo metido en la boca. La revoltosa Pilar, «Pila», entra de puntillas y silenciosamente se arrastra debajo de la cama también. ¡Los hermanos Franco saben desde muy pequeños que para hurtarse a la violencia del padre deben pasar lo más desapercibidos posible! El mayor, Colás, aguanta la respiración detrás de la puerta de su cuarto, porque sabe que si logra pasar inadvertido, Paquito hoy será la única víctima. Todavía tiene las marcas en la espalda de los últimos correazos que ha recibido por traer malas notas.

—¡Paquito!

Cada vez más cerca.

Sí. Ya está aquí

Porque el hombrón ha conseguido llegar a trompicones al

cuarto de su hijo. En la puerta saca aún la petaca de aguardiente del bolsillo y se atiza un latigazo como para darse fuerzas. Tose, escupe un salivazo negro y, con voz pavorosa, ruge:

—Tú, marica, ¿qué haces?

Ramón y Pila reptan hasta pegarse contra la pared y tiran de la manta de borra hasta el suelo para que no se les vea; la madre, a espaldas del hombre, con la mano sobre el vientre abultado, trata de tranquilizarlos con un gesto y al mismo tiempo pide silencio a Paquito. El marido, contoneándose y con las córneas inyectadas en sangre, se acerca al niño y con el frasco de aguardiente le da un golpe en el hombro que casi lo hace caer de la silla.

—¿Qué haces, Paquita?

El niño levanta primero los párpados, lentamente aparecen sus ojos terribles. Ojos ya de adulto, enormes, como inmensos faros que le comen toda la cara. Blanco como el papel sobre el que dibuja, finge serenidad aunque no puede evitar que la voz se le quiebre con un gallo angustioso, fruto del pánico, cuando le contesta a su padre:

—Nada. Estoy dibujando.

El padre se acerca. Mira el papel, lo coge con rabia asesina, lo estruja y se lo tira a su hijo a la cabeza.

—Te lo voy a hacer comer... Dibujar es cosa de monjas o de maricas; tendrías que estar estudiando, como Colás. ¡Hasta Ramón es más listo que tú! ¡Hasta la muchacha es más inteligente que tú! ¡Bobo! ¡Asno!

Paquito está frente a aquella mole descomunal totalmente inmóvil, pero con los hombros contraídos aguardando el golpe inevitable. Pálido, enclenque, pone toda su fuerza en sus ojos obsesivos. En la pared se siluetea la sombra del hombre alzando la mano sobre un bulto oscuro, encogido sobre sí mismo. Los segundos pasan lentamente. Uno, dos, tres. El viento ha cesado por un momento y solo queda el sordo runrún de la lluvia y los truenos lejanos. La tensión insoportable se rompe cuando la madre se interpone entre el niño y su marido y propone con voz aguda:

—Por Dios, Nicolás, hay las rosquillas de anís que tanto te gustan, las ha traído Chinto desde Betanzos, ¿no querrás un rodaballo de la Graña? ¡De Padrón trajeron pimientos! ¡Empanada de chocos! ¡Licor café! —Y bajando el tono con toda la pasión que solo pone en sus hijos, ordena más que suplica—. Deja al chiquillo en paz...

Y con la fuerza telúrica de la mujer gallega que ha aguantado sobre sus hombros durante siglos un país desprovisto de hombres, que andaban en la emigración o en la guerra, lo va sacando casi en brazos de la exigua habitación, y aún puede hacerle a escondidas a su hijo una fugaz caricia en la mejilla helada. El marido va mascullando, ya vencida la furia, con un barboteo de autocompasión:

—¿Qué he hecho yo para tener este castigo? Toda la vida trabajando, deslomándome por vosotros. ¿Por qué me casé, por qué?

Aún se revuelve en un último ataque de furia contra Pilar:

—¡Y a saber lo que harás tú mientras yo estoy en el casino distrayéndome como todos los hombres! Tengo derecho, ¿no?

Y se pone a farfullar con la falta de lógica propia de los alcoholizados:

—Santurrona, beata, meapilas... por eso tengo que irme de putas. ¡Me obligas tú! No me das lo que me merezco...

Lloriquea de pena por sí mismo y da unos suspiros de conmiseración que le parten el pecho:

—Cualquier fulana me da más cariño que tú. ¡Nadie me quiere en esta casa!

Pilar, pasado su momento de cólera, intenta ahora razonar con mansedumbre en una letanía repetida cientos de veces:

—Todos te respetamos, Nicolás; yo te quiero...

Aquí vuelve a encrespase el hombre:

—¿Querer? ¡Tú no sabes cómo quieren las mujeres de verdad! ¡Las mulatas, las filipinas! —Se desase de ella y con las manos traza una curva voluptuosa en el aire—. ¡Eso son mujeres y no tú! Conchita me quería más con la uña de su dedo meñique, eso que solo tenía catorce años, que tú toda entera...

Y el hijo que tuve con ella, ¡que ni siquiera me conoce!, seguro que me respeta más que estos hijos de tal que no sé de quién son.

A pesar del cansancio acumulado, de los interminables años de vejaciones e insultos, la mujer aún intenta contemporizar:

—Nicolás, qué cosas tienes, no sabes lo que dices...

Su marido la imita aflautando la voz:

—No sabes lo que dices... La señorita de Baamonde y de Andrade... Te llevas a la más guapa de El Ferrol... Señoritín-ga *da merda* y del pan pringao, eso eres tú. ¡Caí como un pipiolo en tus redes! ¡Tanto mundo, tanta hembra para qué! ¡Para venir a parar en esto!

Y hace un ademán ampuloso abarcando a su mujer, la tormenta incansable que ahora vuelve a despertarse estrellándose contra la casa, abarcando El Ferrol y sus 20.000 habitantes, la ría, Galicia y hasta España entera, también culpable:

—¡No hace ni un año que hemos perdido Cuba y Filipinas! ¡Para eso me dejé la juventud allí! ¡Este país se va al carajo! ¡Cómo no voy a beber!

Los hijos oyen sus voces cada vez más amortiguadas, la de la madre complaciente y tranquilizadora:

—Sí, claro que sí, Nicolás. ¡Y tantas familias que han perdido a sus hijos! Por aquí no, ¡no vas a comer en la cocina! ¿O prefieres acostarte un ratito?

La voz del padre, desabrida a veces, gemebunda otras, olvidado ya de sus hijos, continúa:

—Sí, ya sé que quieres que me acueste, para irte a rezar... ¿Cómo se llama esa virgen que te gusta? Chamorro o Chamorra, ¿no? —La mujer se persigna, horrorizada por la herejía—. Que te acompañe Paquita, ¡si hasta tiene voz de niña! Si es más chicazo Pila que él... Será más hombre Pila que él...

La madre, sin enfadarse, explica una vez más que si Paquita tiene la voz de niña es por su sinusitis, no respira bien por la nariz y tiene el tabique desviado, ya se lo ha dicho el doctor Díaz, pero su marido se desentiende:

—A mí qué me importa, esas son cosas de mujeres... no quiero comer... me voy a la cama.

Se vuelven a oír los zapatos, que hacen crujir el suelo de madera de castaño que se limpia con arena que se trae de la playa; se da un golpe al entrar en la habitación y tropezar con la puerta:

—Quién ha puesto esta puerta aquí. —Otro golpe con la cómoda—. Coño, cambiáis los muebles de sitio todos los días... será cosa de meigas. Mujer, sácame las botas...

A pesar de todo, a Pilar aún le pueden las preocupaciones domésticas, y protesta:

—¡La colcha! Espera, Nicolás. ¡La colcha! ¡Que quito la colcha!

La colcha la ha tejido a ganchillo durante dos años la tía Gildita, que desde entonces tiene que llevar lentes, y está hecha con un hilo tan fino como una tela de araña que se ha mandado traer de La Coruña. Por las noches, a la salida de la escuelita de doña Aurora, Paquito se sentaba delante de ella con la madeja alrededor de las muñecas, y mientras movía los brazos lentamente la tía iba formando un ovillo esponjoso que guardaba en una cesta al lado de la mecedora.

A Paquito lo quiere más que a sus hermanos, porque es su ahijado. La tía Gildita le cuenta historias de aparecidos, de buques fantasmas y de la Santa Compañía.

El hombre aún extrae de su interior agostado las últimas gotas de mala leche:

—La colcha, la colcha; es para lo único que sirve esta cama, ¡para ponerle la colcha! —Mira con rencor la barriga hinchada de su mujer—. ¡Si cada vez que te toco te quedas preñada! ¡Menuda ganancia!

Y otra vez vuelve a los gritos en el idioma de su infancia, invocando a la amante que ha dejado en Filipinas:

—Concha, Concha, *pobriña, te dexe co neno no ventre, ¡perdona, perliña!*

Se oye el peso muerto de un cuerpo cayendo sobre el colchón, y cuando parece que al fin llega la tranquilidad a la casa, se levanta en la noche, compitiendo con la lluvia que teclea ruidosamente sobre el tejado de cinc, siempre la misma habanera entre toses y quejidos:

Ay, qué placer sentía yo,
cuando en la playa sacó el pañuelo y me saludó.
Luego después vino hacia mí,
me dio un abrazo y en aquel acto creí morir.

Las últimas palabras apenas se oyen ya.

... creí morir...

Las ráfagas de viento traen hasta la casa el lejano silbido de los hilos del telégrafo, parece que cesa la lluvia, pero repentinamente golpea contra los cristales de las ventanas un fuerte aguacero. Se oye el chirrido de la barra de hierro que la muchacha ajusta sobre la puerta y el ruido de sus zuecos clave-teados subiendo a la buhardilla donde está su cuarto. Paquito saca una hoja nueva de su carpeta, traza la curva de un pájaro exótico, borrando aquí con miga de pan, rascando allí con una cuchilla, empleando a fondo un carboncillo para hacer sombras, hasta que el hermano mayor, Colás, entra en la habitación. Los dos pequeños siguen debajo de la cama mirándolo todo como si estuvieran en el teatro. Colás, de ocho años, alto, tan parecido al padre. Jactancioso, ensaya una sonrisa y señala con el pulgar el pasillo, de donde surgen ya los ronquidos paternos, decretando con condescendencia:

—Ahora a él ya se le ha olvidado todo.

Levanta los ojos Paquito, ojos aterradores, de viejo, y le dice a su hermano:

—¡Pero a mí no!

Ahora sí se detiene la lluvia. El viento turbulento y otoñal vuelve a arreciar y una contraventana golpea en algún lugar de la casa con sonido de cañonazo. Y aquel niño frágil y endeble levanta el puño al cielo y le dice al mundo en un susurro enronquecido que pone electricidad en el aire y hace estremecerse a sus hermanos con un escalofrío premonitorio:

—¡Algún día me lo pagaréis!

PAQUITO
(1892-1907)

Todos los antepasados de Francisco Franco fueron mujeriegos y marinos y estuvieron algo locos. Desde el siglo xvii residieron en un pequeño pueblo de pescadores convertido en base naval llamado Ferrol, a diecinueve kilómetros de La Coruña por una carretera endemoniada que pocos se atrevían a recorrer. Por mar la travesía era todavía más peligrosa, pues había que cruzar la Marola y El Seijo Blanco, donde se decía que las sirenas atraían a los barcos al fondo del mar. Los viejos marineros advertían a los jóvenes mientras chupaban sus pipas de espuma en la taberna:

—¡El que pasa La Marola pasa la mar toda!

El bisabuelo paterno, que era bajito como todos los Franco y lucía bigotazos enhiestos e insolentes, luchó en la Cochinchina en una guerra absurda y encarnizada que le dejó varias cicatrices en el cuerpo e incluso un trozo de metralla incrustado en una pierna, alcanzó el grado de teniente coronel, casó tres veces y tuvo quince hijos. Uno de ellos, Francisco, se casó a los diecinueve años con una mujer de treinta, edad avanzada para la época, que solo tuvo tiempo de tener tres hijos antes de expirar, ¡y los tres le salieron excéntricos! El pequeño, algo trastornado, murió muy joven; la chica, Gildita, se quedó soltera y padecía lo que hoy diagnosticaríamos como síndrome de Diógenes: recogía basura por la calle, hurtaba en casa de sus parientes desde trozos de pan seco hasta hilos de coser, juraba como un carretero, fumaba puros y aun

así era inteligente, imaginativa y muy culta. El mayor se llamaba Nicolás: fue el padre de Paquito. Francisco Franco Baamonde. ¡El peor padre que podría caerle al que iba a regir los destinos de nuestro país durante cuarenta años!

La madre era una señorita bien, Pilar Baamonde y Pardo de Andrade, de familia hidalga de linaje algo anémico, porque solo tenía una hermana, y con una madre anodina a la que no se menciona en ninguna crónica. Poseían un capitalito en el banco, casas en El Ferrol y algunas fincas con colonos que pagaban o bien un tributo miserable o bien los cada año más menguados productos de la matanza allá en el mes de noviembre.

La misma Pilar iba de jovencita a cobrar este «fuero» a El Cucheiro, en la parroquia de San Esteban de Sedes, y era recibida siempre con idéntica charlatanería en aquellas casuchas en las que la *lareira* quemaba piñas y tojos para cocer interminablemente el oloroso caldo:

—Pero, señorita Pilarita, cómo les vamos a pagar si nuestros hijos comen piedras mismamente...

Cuando la hidalga argüía con timidez que algo se cocía en aquella olla perpetuamente en marcha, la campesina la tapaba con su enorme corpachón y decía:

—Ay, pobriña, si es la comida de los cerdos... si comen mejor que nosotros para que lo que les enviamos tenga buena presencia...

Lo que les enviaban era una ristra de chorizos llenos de nervios que apenas podían masticarse y un trozo de unto rancio que, cuando cometían el error de meterlo en el caldo de la casa de Ferrol, provocaba en la exigua familia diarreas sin fin. Pero aun así Pilar se sentía avergonzada por su egoísmo y declinaba el obsequio futuro echando mano del gallego que había aprendido con su niñera, aunque el padre la reñía cada vez que lo utilizaba porque decía que las señoritas que hablaban en gallego no se casaban:

—*Pois este ano* no envíen nada, no lo vendan, eh, que sea para los rapaces...

La mujer llamaba a toda la familia para que se hincase de hinojos a los pies de Pilar con el fin de besar sus delicados zapatos, ya llenos de bosta de vaca porque había venido caminando por las lóbregas correderas, y la muchacha trataba de rechazar el homenaje con las mejillas enrojecidas:

—Por Dios, Maruxa, qué apuro, dejen, eso solo se hace con la Virgen, ¡la abuela no, por favor! ¡Maruxa, no permita que su madre se arrodille!

Pero ya la mujerona gritaba con un ulular que estremecía los castaños y los olmos:

—¿Pues qué es usted? ¡Una santa y una virgen! ¡Cien madres que yo tuviera las haría arrodillarse delante de la señorita de Andrade!

Se oía acercarse el traqueteo de los carros llenos de heno tirados por bueyes que volvían al establo, y la familia se levantaba del duro suelo donde estaba postrada para descargarlos, aún gritando a coro a todo el vecindario, que salía curioso a la puerta de las casas:

—Es una santa, la señorita Pilar de los de Andrade es una santiña... Merécese estar en los altares...

Luego el padre la reñía porque los campesinos de El Cuqueiro tenían más dinero que ellos, y terminaba siempre diciéndole:

—Es que de tan buena que eres pareces boba.

Pilar suspiraba, ¡lo que hubiera dado ella por tener carácter y plantar cara al lucero del alba! Y le ocultaba al padre severo pero cariñoso que no solamente le había perdonado el tributo a los aldeanos, sino que les había entregado las escasas pesetas que llevaba en su bolso para que les compraran zuecos a los hijos y aun un pañolón de seda rameada que Maruxa le había pedido para ir a la romería de la Virxen de Chamorro.

Como los Franco, los varones de la familia de Pilar también se dedicaban a la marina, aunque en la rama de intendencia, actividad que estaba bien si la comparamos con la de los comerciantes, pero que no lo estaba tanto en comparación

con la de los marinos de verdad, los que se embarcaban y eran condecorados con gran fanfarria por hechos de armas.

De Ferrol y de familia de marinos, no había que ser adivino para vaticinar a qué profesión se iban a dedicar los frutos masculinos de ese matrimonio que llegaría a ser tan desgraciado. A las niñas daba un poco igual cómo se las educara: les tocaba aprender a leer, las cuatro reglas, esbozar quizás un vals en el piano, bordar el ajuar y la canastilla de los futuros hijos y casarse, con un marino, por supuesto. Mucho más tarde la sobrina de Franco declaró que:

—La sociedad ferrolana era tan cerrada que nos prohibían jugar con niños que no fueran hijos de marinos. ¡El padre de Amalita tenía una fábrica de chocolate y cuando nos veían saltar a la cuerda con ella, nos hacían entrar en casa a bofetadas!

Aun así, Pilar siempre decía:

—Me hubiera gustado estudiar para maestra.

Y cada vez que se lo mencionaba a su padre, este se reía bondadosamente, como si su hija le hubiera dicho:

—Quiero ser trapecista de circo.

Nicolás Franco apareció un día en Ferrol, con la piel quemada por el sol filipino. Llevaba un sombrero jipi cuando iba de paisano, y unas patillas largas que le daban un aire extranjero. A Pilar se lo dijo una vecina:

—Ha vuelto Nicolás Franco, ha muerto su padre el general y él ha venido a hacerse cargo de la casa que heredó, la de la calle María. ¡Lo han destinado aquí como capitán!

—¿Sigue soltero? —pregunta Pilar con cierto interés porque ella todavía no se ha casado y el panorama de chicos convenientes cada vez es más exiguo.

—¡Soltero, no, solterón! Está todo el día en el casino y en La Cubana. ¡Dicen que en Filipinas ha tenido un hijo con una negra!

Eso a Pilar la llenaba de turbación, no sabía por qué, y esa

noche soñó con el cuerpo blanco de Nicolás y el cuerpo negro de una muchacha y se despertó mojada de arriba abajo, pero más abajo que arriba. Se lo contó a su confesor, y don Daniel le dijo:

—Eso son malos pensamientos y los tienes que apartar como sea... Ponte un cilicio si es necesario. Ya te lo traeré yo.

Ferrol es una ciudad pequeña, agobiante, muy cerrada. Las mujeres permanecen todo el día en sus casas, ocultas tras los cristales de las galerías, atisbando entre los visillos los pasos de los transeúntes. Ni aun la belleza intensa del paisaje marino atenúa la tristeza mansa y dulce de la ciudad, que acogota a Nicolás, que todas las noches llega a su casa solitaria y se tiende sobre el diván preguntándose por qué puñetas ha vuelto.

La única distracción es deambular por el paseo de Herrera de siete a ocho, las señoritas como Pilar por el lado izquierdo, las «pichoneras», como allí llaman a las menestralas, las chicas cuyas familias no pertenecen a la Marina, por la derecha. ¡Ambos grupos sociales se evitan cuidadosamente! Pilar se cruza con Nicolás, que levanta el sombrero a su paso con galantería algo exótica.

—Buenas tardes.

—Muy buenas tardes.

A Pilar le gustaría contestar algo más ingenioso, pero no se le ocurre qué.

La muchacha tiene veinticuatro años. Lleva demasiado tiempo dando vueltas por el paseo de Herrera, y pocas amigas de su edad quedan ya sin casar. ¡Y eso que es una de las bellezas de Ferrol! Aunque no es muy alta, tiene porte elegante y unos hermosos ojos color avellana que siempre están un poco húmedos. Sus amigas menos guapas dicen de ella:

—¡Es sosa!

Y es cierto, porque no sabe coquetear, no tiene esa forma de engatusar a los hombres entre maliciosa e ingenua que es patrimonio de la mujer gallega. Exhibe placidez de monja, los chicos no se atreven a requebrarla y son sus amigas más feas las que al final encuentran novio.

¡Pero Nicolás sí se atreve! Es mayor y algo coqueto, porque aunque tiene ya treinta y seis años, solo confiesa treinta y cinco. En Filipinas es cierto que ha dejado un hijo, ¡pero no de una negra, sino de una niña blanca de apenas catorce años! Lo ha reconocido y lleva su apellido, aunque nunca en su vida lo querrá ver.

Las mulatas cubanas ardientes, las delicadas filipinas con sus refinadas artes amatorias, lo han vuelto loco y lo han convertido en un hombre curtido, en un amante exigente. Cuando habla de ellas se lleva la mano en racimo a la boca y se besa la punta de los dedos:

—Aquel olor a hembra...

A veces se cree el hombre más viejo del mundo, y otras siente un fuego interior que le consume las entrañas. Piensa en Pilar como en una fuente helada que tiene que limpiarlo de arriba abajo; un manantial refrescante en el que quiere hundirse y que tal vez borrará al fin el desasosiego y la insatisfacción que lo acompañan desde que nació.

En los informes de la Armada que se conservan sobre su conducta, siempre se menciona lo mismo, «honrado, cumplidor, pero con mal carácter, con tendencia a la insubordinación, de ideas liberales». Y también, «singular aplicación, clara inteligencia y amor al Cuerpo... aunque de carácter exigente... forma de ser atrabiliaria, abierta y extravertida». Nicolás, huérfano ya, con un sueldo mediano, propietario de una buena casa y destinado en Ferrol, piensa que le ha llegado la hora de casarse. Adivina a Pilar serena, buena ama del hogar; ¡le dará hijos! ¡Una esposa sencilla y tierna! ¡Sacrificada! ¡Miel de dulzura para las cicatrices dolorosas que le han dejado sus correrías por todo el mundo!

Tampoco desdeña el que sea de una familia de la pequeña nobleza y que tenga dinero.

Pide permiso al padre, don Ladislao, para visitarla en la galería.

El hombre, aunque no muy convencido por la fama de Nicolás, consiente:

—Si va usted con buenas intenciones...

Nicolás y Pilar apenas intercambian palabra; él fuma en silencio, ella lo mira con un poco de miedo, ¡es tan distinto de todos los chicos que conoce! Aunque conocer no conoce ninguno en realidad, solo cuando era pequeña, junto a su hermana Carmen, jugaba con sus primos a esconderse en la aldea, en las eras, y recuerda el olor a heno y sus cuerpos juntos, arrimados aunque hubiera más sitio, y la vergüenza que sintió el día en que la descubrió su madre, que le dijo con expresión severa, señalándole a una aldeana:

—¿Quieres terminar como la Sabela?

Pero nunca entendió qué tenía que ver la era, sus primos, la barriga de la Sabela y todos esos niños que corrían semidesnudos por la aldea. Cuando preguntaba por los padres, le contestaban:

—Marcharon a América.

O también:

—Fueron a la mar.

Los novios nunca están solos. A veces va don Ladislao para hablar con Nicolás de los últimos acontecimientos políticos. Hace cinco años que ha muerto Alfonso XII y Nicolás se recrea explicando delante de sus escandalizados oyentes en el casino las últimas palabras que el rey en el lecho de muerte le dirigió a su mujer, Cristina de Habsburgo, embarazada de quien sería Alfonso XIII:

—Tú, Cristinita, guarda el coño y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas.

Son los primeros ministros que se turnan en la cabecera del Estado durante la regencia de la reina Cristina mientras el «pequeño pedazo de rey», según palabras de Nicolás, se convierte en hombre y llega a la mayoría de edad.

Claro que en la recatada galería de su novia, con el futuro suegro Nicolás no habla del coño de la reina, como es natural, solo discute de política. Él es partidario del liberal Sagasta, y don Ladislao del conservador Cánovas.

—Desengañese usted, Nicolás, los liberales quieren echar otra vez a los Borbones e instaurar de nuevo la república.

Y aunque Nicolás no quiere llevarle la contraria al que será su suegro, no puede menos que mascullar:

—Eso es lo que nos gustaría a muchos.

Pilar, que lee todos los días el periódico, trata alguna vez de dar su opinión, pero su novio la corta:

—Las mujeres no entendéis de eso.

A veces a ella se le cae un ovillo de lana al suelo; Nicolás se agacha a recogerlo y sus manos se rozan, nada más.

Únicamente un día, casi de noche, estaban en el vestíbulo, ya despidiéndose. La luz se apagó, la madre fue a buscar un candil a la cocina y la hermana, que hacía de carabina, fingió distraerse con una revista. Nicolás le besó apresuradamente las manos y después la abrazó y le buscó los labios. Ella cerró los ojos y los abrió de golpe, con asombro, cuando sintió los dientes de él contra los suyos y la lengua metiéndose como una culebrilla.

La madre entró con una palmatoria y Nicolás se puso a buscar su paraguas. A Pilar se le hicieron interminables las horas hasta que llegó la noche y pudo acostarse y pasarse la mano suavemente por los labios una y otra vez, una y otra vez, como volviendo a repetir el primer beso que le habían dado en la vida.

Se casan el 24 de mayo de 1890. A las nueve de la noche. Pilar piensa que el matrimonio debe ser algo romántico, como una ilustración de una revista, un haz de luz, ella cosiendo, el marido en una butaca leyendo el periódico y fumando un puro, y un arrapiezo jugando a sus pies. En la pared una imagen del Sagrado Corazón.

Y sí, ha acertado en todo, menos en esa «fotografía» de su marido sentado apaciblemente en una butaca. Pronto se da cuenta el propio Nicolás, que no es tonto, de que en realidad no le gusta la vida de familia y que la desazón que tiene nació con él y morirá con él, ¡y que no se la va a sacar de encima por mucho que se case y su mujer sea un ángel!

Su hermana, la tía Gildita, se lo dice siempre:

—Tú eres un demonio y Pilar es un ángel. Yo soy demonia también, pero como no he encontrado a ningún ángel que me aguante, me he tenido que quedar soltera.

Sí, su mujer es un ángel. Una santa. Lo reconoció su hija Pilar de mayor: «Era muy guapa... Pasó mucho y todo lo sufrió con resignación, siempre dando ánimos a los demás, jera una santa!». Su sobrina Pilar Jaraiz también dijo de ella: «A su lado se respiraba paz y confianza, era nuestro remanso espiritual... Miraba con indulgencia las faltas de los inferiores, era abnegada, fiel a sus amigos y tenía un gran sentido de la dignidad». Su sobrino Pacón Franco la describía así: «Sus consejos fueron de gran valor en nuestra educación, todos la queríamos entrañablemente, ¡la única pena que teníamos es que no fue todo lo feliz que merecía!». Hasta Paquito, ya convertido en Caudillo, que solía ser muy reservado con sus sentimientos personales, reconocía delante de su médico que «el gran golpe de mi vida, ¡lo que más me ha dolido!, ha sido la muerte de mi madre». Y admitía con lágrimas en los ojos: «Todavía no me he recuperado». ¡Y habían pasado treinta años!

Nicolás rezonga:

—Sí, sí, es un ángel.

Pero un ángel que le aburre. La estrechez del Ferrol le aprieta la garganta como un dogal de hierro, se niega a ir a la iglesia, le marea ver siempre a Pilar con un rosario entre los dedos o musitando oraciones.

Una lasitud, un tedio que empezó en la misma noche de bodas que habían consumado en la alta cama, entonces todavía sin la colcha blanca tejida por la tía Gildita. Un combate desigual entre un hombre sin refinamientos eróticos, pero muy apasionado, y una mujer horrorizada por la brutalidad masculina.

Como hacían las recién casadas decentes, Pilar llevaba un casto camisón que la cubría toda. Lo había bordado ella misma, como su hermana Carmen, que lo había estrenado también en su boda con el capitán de navío de la Marina Ricardo de la Puente.

Nicolás la miró de arriba abajo y le preguntó, sin el acento melifluo que utilizaba con ella cuando eran novios:

—¿Eso qué es?

—El camisón —contestó la mujer, bajando la mirada hacia sus pies desnudos.

—Quítatelo.

Pilar levantó los ojos enormes, asustados, hasta el rostro enrojecido de su marido. Los bigotes le temblaban, se había sacado el uniforme, estaba en calzoncillos largos, camiseta, ya se bajaba los tirantes, y seguía diciéndole en tono conminativo:

—Quítatelo, quédate desnuda, ahora eres mía, ¿a qué esperas?

Pilar se puso a tiritar, incapaz de obedecerlo, con ganas de meterse en la cama y taparse la cabeza con la manta como hacía cuando era niña y la criada la asustaba con las meigas y la Santa Compañía. Quiere enterrarse, morir, dar marcha atrás en el reloj de la vida. Pero Nicolás, mientras con una mano se quitaba los pantalones, con la otra la empujaba sobre la cama.

Ni siquiera intentó desabrochar los pequeños botones de nácar. Se oyó el crujido de la tela al arrancarla del cuerpo, y Pilar no supo lo que pasó después porque se desmayó de dolor y vergüenza.

Cada noche Pilar le rezaba a Dios para que Nicolás llegara tan cansado que se quedara dormido sin tocarla. Y Dios cada vez le hacía más caso, y al final su marido solo se acercaba a ella cuando estaba tan borracho que ni siquiera recordaba quién era:

—Guajira... *Akin mahal...*

Después, al día siguiente, cuando observaba cuidadosamente las marcas de los dedos del hombre en sus muslos, primero azules, luego violáceas, después verdosas, se estremecía como si llevara un cilicio y se abrazaba a sí misma. Pero no podía dejar de mirar a las otras mujeres con una pizca de orgullo, como si las señales fueran condecoraciones.